



EL BARCO
DE VAPOR

La película de la vida

Maite Carranza



sm

Ilustraciones
de Iratxe López de Munáin





EL BARCO
DE VAPOR

La película de la vida

Maite Carranza

PREMIO EL VAIXELL DE VAPOR 2016

Ilustraciones de Iratxe López de Munáin



Primera edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Paloma Muña

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *La película de la vida*

Traducción: Maite Carranza

© del texto: Maite Carranza, 2017

© de las ilustraciones: Iratxe López de Munáin, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9270-2

Depósito legal: M-7685-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A los niños que sufren

PRIMERA PARTE

EL JUEGO DE VIVIR

OLIVIA SE CONSIDERA una niña como cualquier otra. Ni mejor ni peor que sus amigas, ni más afortunada ni más desgraciada. Sabe que la vida reparte sus cartas al azar, que a cada cual le toca jugar con las suyas y que no vale hacer trampas.

A Olivia le ha tocado una madre actriz, un padre *missing*, un hermano miedoso, unos abuelos misteriosos, unos vecinos relamidos, unas amigas tiquismiquis, una escuela de una sola línea, una tele estropeada y un piso, pequeño y acogedor, con orientación sur.

Probablemente, si Olivia hubiera metido baza en esta presentación, habría querido añadir muchas otras cosas que ella creía importantes. Por ejemplo, las piedras volcánicas de cuando subió al Teide, o la bici azul con la que aprendió a montar y que regaló a su hermano Tim, o la biblioteca de libros de aventuras heredada de su abuelo por parte de madre que le había hecho compañía toda su niñez... y tantas

y tantas cosas que creía que siempre tendría. Pero eso era antes de que comenzara esta historia.

Olivia, ahora mismo, ya no daría tanta importancia a naderías. Ahora sabe que los recuerdos a menudo caben en un bolsillo, que los objetos, como las palabras, se los lleva el viento y que todo lo que las personas normales creen que es inmutable, tal vez no lo sea.

La vida es una lotería que nos depara infinidad de sorpresas. En cualquier momento el Empire State o Torrespaña, aunque nos parezcan sólidos, pueden caer y hacerse añicos.

Olivia ha aprendido que los terremotos no solo sacuden ciudades, montañas y valles y son noticia en el telediario de la noche. También hay movimientos sísmicos personales que afectan a muchas familias, pero de los que nadie se entera porque quedan silenciados de puertas adentro.

Tal vez porque no interesan a nadie.

Olivia sabe que un día cualquiera todo puede empezar a tambalearse. Aunque no haya ningún aviso en el cielo que diga ¡ATENCIÓN, DÍA PELIGROSO!, aunque no aparezcan los bomberos con la sirena a todo trapo para rescatar a los damnificados ni haya colas de gente dispuesta a donar sangre a las víctimas.

Pero ese día especial, que queda camuflado entre tantos otros, las cosas cambian de lugar, de nombre,

de valor hasta que, de repente, el suelo se hunde bajo los pies y el mundo conocido, el que existía hasta entonces, desaparece en pocos segundos.

¿Os lo imagináis?

Olivia, que lo ha vivido, tampoco se lo podía imaginar.

● 1

LA LUZ

SE ACABA DE IR la luz de casa.

Yo navegaba por internet visitando webs y recogiendo información sobre Australia para la exposición de mañana en clase de Sociales. Ya tenía el trabajo casi terminado cuando, de repente, PLOF, la pantalla se ha fundido en negro.

Y no lo había guardado. Y lo he perdido todo. TODO significa más de dos horas de trabajo. Un montonazo de tiempo.

Estaba contenta porque había encontrado muchas cosas sobre los aborígenes australianos: que si eran unos indígenas que vivían en el continente desde hace más de 40.000 años, que si los primeros europeos que llegaron eran ingleses y utilizaron la isla como prisión para enviar lejos a los delincuentes, que si el nombre de Australia viene de *Austral*, o sea, «del sur».

Me he enfadado mucho mucho, muchísimo.

–¡Mamá! ¡La luz! –grito.

Debe de ser que mamá está planchando y se ha olvidado del centrifugado de la lavadora. A veces sucede que si tenemos más de dos o tres aparatos funcionando a la vez, saltan los plomos del contador. Mamá dice que es por exceso de kilovatios y nos advierte que no podemos consumir tanta electricidad junta. Últimamente, antes de salir de casa pasa revista a todas las habitaciones de la casa y nos echa la bronca a Tim y a mí si nos hemos dejado el ordenador o la tele encendidos.

–¡Mamá! ¡Tengo miedo! –grita Tim desde el comedor.

Tim, que es un miedoso, ha venido caminando de puntillas hasta mi habitación. Le dejo que se tumbe en mi cama, pero no quiero que me la ensucie y le pongo la condición de que se quite los zapatos. No protesta. El pobre, que estaba viendo los dibujos de la tele, se ha quedado a medias y está tristón.

–¡Puaaaj! ¡Qué pestazo! –exclamo sin poderme aguantar.

¿Cómo puede ser que los pies de un enano de siete años sean como dos camembert?

Tim no se ha defendido, no me ha llamado burra ni me ha restregado los pies por la cara para hacerme rabiar como otras veces. Se ha callado como un muerto.

Yo también.



Todo está oscuro y silencioso, extrañamente vacío. Da mal rollo. El tiempo se detiene unos instantes y parece que la vida pase a cámara lenta. El mundo sin luz tiene una dimensión diferente, como si un agujero negro te arrastrara hacia lo desconocido.

—¡Mamáaaa! —insistimos ambos a la vez, un poco asustados, en vista de que la luz no vuelve mágicamente como otras veces.

Pero nuestro grito no produce el efecto esperado. No se enciende ninguna bombilla, no se oye piiiip ni todo vuelve a ser como antes.

Mamá ni siquiera nos contesta.

Al cabo de un rato oímos el tap-tap de sus pasos que se acercan por el pasillo. Mamá camina con dos



velas encendidas, una en cada mano, muy poco a poco por temor a que el fuego le prenda el pelo, y vigila que la cera que gotea no caiga al suelo. Su sombra es larga y sinuosa, recuerda a una serpiente, y se balancea arriba y abajo como un espectro.

Tim me coge la mano muy fuerte y pega un respingo de animalillo asustado.

—¿Mamá? —pregunta con desconfianza.

Como si no se creyera que es ella, como para estar seguro.

Y tiene razón al desconfiar. Mamá, a oscuras, parece más delgada y más blanca que nunca.

—¿Quién crees que soy? —responde la voz de mamá mientras su mano deja una vela sobre mi mesa.

–Pareces un fantasma –osa decir Tim.

Tim solo tiene siete años y dice lo que piensa.

–¿Qué ha pasado? –pregunto yo, intrigada.

–Una avería. No saben cuándo podrán arreglarla.

–¿En todo el edificio?

–No, parece ser que es un problema de aquí, de casa.

Se me ha caído el mundo encima.

–¿Y mi trabajo? ¿Cuándo podré acabar el trabajo? ¡Mañana tengo que presentarlo! ¡Nuria y Eli se mosquearán conmigo!

Y me imagino las caras que pondrán mis compañeras cuando les diga que me he quedado sin luz, justo antes de imprimir el trabajo. Y luego me reprocharán que no lo haya enviado ni guardado en un lápiz de memoria.

Mamá no me contesta. No sabe qué decirme. Natural, no es su problema. Mañana ella no tiene que ir a la escuela ni tiene que dar la cara delante del profe. Para ella todo es muy fácil.

–Si mañana seguimos sin luz, puedes ir a trabajar a la biblioteca –me sugiere flojito.

–¿Cómo? ¿Mañana? ¿Quieres decir que a lo mejor la avería aún no estará arreglada? –protesto.

–No lo sé, Olivia, no lo sé –responde con voz irridada.

Y da media vuelta, iluminando su camino con la otra vela.

–¡Espera, espera! –salto nerviosa–. Yo necesito cargar el móvil y ver la serie de *Queenny* y tener la camiseta verde planchada para mañana y...

–¡Yo también necesito muchas cosas y no las tengo! –contesta mi madre en un tono de voz que no admite réplicas.

Las madres tienen esta forma de cortar de raíz las rebeliones. Si tú dices que quieres una cosa, ellas dicen que querrían dos.

Y no es cierto.

Ella no se sienta junto a Nieves, que siempre frunce el ceño cuando te huele la sudadera. Ella no tiene el cabello encrespado como yo, que si no me lo aliso cada mañana parece que me haya caído una bomba de neutrones en la cabeza. Ella no tiene diez grupos de WhatsApp que comentan la serie de la noche y las fotos de Instagram. Ella no es yo y, por lo tanto, sus problemas no son como los míos. Los de ella son infinitamente más sencillos.

–¿Cómo se apañará mamá para poner en marcha el microondas? –se ha interesado Tim, muy sensatamente, una vez nos hemos quedado solos.

Aunque es pequeño, a veces piensa, y esta vez tiene toda la razón. Es que mamá no cocina: mamá saca las cosas del congelador y las mete en el microondas.

¿Qué cenaremos sin microondas? ¿Y cómo lavaremos la ropa sin lavadora? ¿Y cómo me secaré el

pelo sin secador? ¿Y cómo plancharemos mis camisetas? ¿Y cómo cargaré mi móvil? ¿Y el portátil?

–Pobre mamá, está sola y a oscuras en la cocina –ha lloriqueado Tim.

Quizás parezca un niño compasivo, pero estaba muerto de miedo y ha sido incapaz de ir a hacerle compañía.

–No me da ni pizca de pena –he dicho enfurruñada.

Y no lo decía por decir. Los adultos lo son porque han vivido mucho y saben lo que se hacen. Mi madre puede decidir, elegir, comprar, prohibir y hacer lo que le dé la gana con su vida. Pero si las cosas van mal, no debe echar la culpa a los demás.

Yo, en cambio, soy una estudiante de sexto de Primaria. Solo tengo doce años y no puedo votar, ni comprarme un perro, ni viajar en avión sola. Por no tener, no tengo ni las llaves de casa.

La culpa es suya y se acabó.